

18

LA ESCUELA PRIMARIA  
Y  
LA EDUCACIÓN DEL PROLETARIADO

DISCURSO LEIDO

POR

Don Francisco Ballesteros y Márquez

en el Ateneo científico-literario de Córdoba,  
la noche del 17 de Abril de 1888.



R. 17436

CÓRDOBA  
IMPRESA, LIBRERÍA Y LITOGRAFÍA DEL DIARIO  
San Fernando, 34, y Letrados, 10 y 18

1888

R-1201

Al ilustris. señores de los literatos  
cordobeses, Fr. D. Juan. de D.  
Pavón, como prueba de la con-  
sideración mas distinguida.

El Autor

## La Escuela primaria y la educación del proletariado

SEÑORES:

Soy deudor al Ateneo de una gratitud inmensa.

Las atenciones, el interés noble, generosísimo de que fui objeto en la sesión anterior, por todos y cada uno de sus miembros, me liga á este Centro eternamente con reconocimiento profundísimo. También debo benevolencias y respetos, que no olvidaré nunca, á la prensa digna é ilustrada de Córdoba.

No en valde se rinde tributo en este modestísimo recinto á lo que hay de más digno y levantado para el hombre: á la ciencia. El culto de las ideas santifica. Y no en valde el periodismo representa el trabajo impropio é incesante de la inteligencia y del ingenio, purificado por el respeto de la conciencia pública.

Ahora más que nunca desearía poseer dotes intelectuales; saber profundísimo que poner á disposición del Ateneo para ayudarle en esta labor de ilustración á que con tanto empeño viene dedicándose. Porque si antes me hallaba ligado con el Ateneo por la religión de las ideas, ahora me obliga aún más con obligación sagrada el lazo humano del sentimiento. Ya sé que aquí estoy como entre hermanos.

Debo al Ateneo el pobre, el exiguo curso de mis ideas, y quiero, tengo una complacencia vivísima en tributárselo.

Contando, pues, con vuestra indulgencia y con vuestra atención benévola, voy á permitirme hacer un ligero

resumen de las ideas y consideraciones expresadas en la sesión anterior, para dar mayor unidad y método al pobre trabajo de esta noche.

Decía, pues, que el concepto de la educación es la idea fundamental, la base lógica de este tema sobre que discurro.

La educación de la infancia, y con ella la de las futuras generaciones, es la misión principal y más sagrada de la Escuela primaria. La educación también es la necesidad más apremiante, el medio, en mi concepto, más eficaz y poderoso para la emancipación del proletariado.

Por eso quiero ante todo esclarecer el concepto pedagógico de la educación, como obligada premisa de la cual han de deducirse todas las consideraciones y juicios que mi pobreza intelectual y escasa ilustración derive para el desenvolvimiento de este tema trascendentalísimo.

“La educación es la evolución armoniosa ó igual de las facultades humanas,„ dice Stein. Esta es la educación de la naturaleza; esta es la educación que dá Rousseau á su Emilio.

“La educación es todo cuanto hacemos para nosotros mismos, y cuanto hacen los demás hombres para nosotros con el objeto de aproximarnos á la perfección de nuestra naturaleza,„ ha dicho Mill, haciendo una definición vaga, demasiado compleja, y que mira esencialmente á la naturaleza individual.

“La educación es la cultura que cada generación dá á la que debe sucederle, para hacerla capaz de conservar los resultados de los adelantos que han sido hechos, y si puede ser llevarlos más allá.„ Esta es la educación de la inteligencia, la educación más en boga en la actualidad.

La educación como arte, como aspiración y necesidad humana, tiene que informar sus lecciones y sus preceptos, y derivar sus principios y sus leyes en presencia de la naturaleza individual y de sus atributos esenciales, en presencia de todas aquellas condiciones que elaboran las transformaciones de las razas, y en presencia, por último, de las leyes históricas á que la Humanidad, como guiada por la Providencia, obedece en la realización de sus destinos.

En el hombre alientan y viven iniciativas personales, propias, que, arrancando de su particular organización, dan el matiz principal á su carácter; como alientan y viven iniciativas extrañas, transmitidas, heredadas, que por el canal de la generación recibe de sus progenitores; como alientan en su espíritu y viven en su voluntad atracciones misteriosas hácia algo grande, noble, que viene de lo más alto, y lo recoge el individuo en su comunión perpétua con la conciencia universal.

El atributo individual en que se debe inspirar la educación, es la perfectibilidad del hombre; la ley biológica que debe tener en cuenta, es la ley de la evolución de la raza, denominada herencia fisiológica; la ley histórica á que deben guiarse los objetivos y la finalidad de la educación, es la del progreso de la humanidad.

El hombre es perfectible, á despecho de sus instintos animales y de las aberraciones del envilecimiento moral, fortificado con el hábito; á despecho de herencias fisiológicas perniciosas; á despecho también de las inclemencias de la naturaleza. Es perfectible, no por influjos extraños, como lo són en mayor ó menor grado los animales; sino por influjo de su propia voluntad, por inspiración de su conciencia propia. La perversión humana á que conduce el avezamiento al crimen, no es un estado irremediable, como no es un estado permanente la santidad.

Hay resortes humanos, hay pasiones que truecan y cambian toda una vida de virtud y de sacrificio, como hay sentimientos del corazón que dignifican y regeneran toda una vida de vicios y de impureza.

“Hasta cuando anda, se conoce que el pájaro tiene alas”, ha dicho un filósofo. Hasta cuando se degrada y embrutece, se conoce que el hombre es hombre.

No hablo aquí del histérico, del monomaniaco, que lo es, santo ó diablo, por exigencias fisiológicas de los nervios ó de los humores del organismo.

Y pongo aparte también, en el lugar de respeto que les corresponde, á esos auxilios suprasensibles de la gracia espiritual con que Dios asiste á sus criaturas.

No hay razas refractarias á la perfectibilidad y al mejoramiento: lo dice la misericordia de Dios, igual para

— —

todos los hombres, y lo demuestra la humana ciencia, como desenvolviendo elocuentemente la teoría de la evolución, oisteis no hace mucho tiempo á un ilustre socio de este Ateneo, á mi querido amigo el doctor Lopez Comas. Lo que hay es que á la cultura y á la civilización se llega por grados sucesivos, por ciclos y transformaciones lentas; como llega el árbol á su periodo de florecimiento y fructificación, despues de haber germinado la semilla, y nacido el tallo, y aparecido las hojas; y todo en su tiempo y sazón.

El sábio explorador de América que aseguró que habia una raza incapaz de cultura, se equivocó; y la matanza de los pieles rojas, es el crimen mas inhumano que, á nombre de la civilización, ha podido cometerse.

La naturaleza, el clima, la fecundidad de la tierra realizan portentos, sí, en la dignificación y mejoramiento de los hombres. El progreso no es planta que fructifica en las heladas regiones de los polos, ni en las esterilizadas comarcas de la Arabia.

Pero esto, Señores, no basta para demostrar que la perfectibilidad humana no sea un atributo natural del hombre; como no basta para demostrar que el sol no alumbrá, el que se oculten sus rayos tras densísimas tinieblas; como no basta para demostrar que el plátano ó el algodónero no tienen vitalidad fructificante, porque no prosperen en nuestras fecundas comarcas cordobesas.

Pero los adelantos individuales serían infructuosos, sí, como se transmiten de unas á otras generaciones los frutos del saber humano en los libros, los perfeccionamientos de la industria en las fábricas y talleres, los refinamientos del arte en los magníficos monumentos, en las soberbias manifestaciones que en el mármol, en el lienzo y en el papel quedan, para dar memoria de los ideales pasados, no se transmitieran también todas aquellas actividades orgánicas de los centros cerebrales, necesarias para comprender y aumentar todo ese inmenso tesoro, fruto del trabajo incesante del humano espíritu.

Esta ley evolutiva de la herencia fisiológica, ha sido aquí también objeto de una conferencia brillantísima, que aún durará en vuestra memoria, dada por otro ilustrado ateneísta, mi querido amigo señor Diaz del Villar.

Más, aún dada la condición perfectible de la naturaleza humana, y dada esta ley misteriosa de la herencia fisiológica, no quedaría aún asegurada la marcha hácia adelante, los mejoramientos sucesivos de las sociedades, si, como existe una ley universal de gravitación á la cual se subordinan en sus movimientos todos los astros, no existiera también una ley histórica de atracción moral, que obrando sobre las razas, y sobre las sociedades y sobre los individuos, no determinara un movimiento eterno hácia un destino inmortal: esta ley es la ley del Progreso de la Humanidad.

El talento especulativo de Proudhon, así como ha divinizado el concepto subjetivo de la Justicia destruyendo toda autoridad y creando el sistema utópico de la *anarquía*, ha divinizado también la ley soberana del progreso, destruyendo el concepto de lo absoluto. Según él no hay Dios para la Naturaleza, ni Providencia para el hombre, ni eternos principios de moral para la Conciencia, ni ideales imperecederos para el Arte.

Todo es el *Progreso*.

“El Progreso, dice, es el movimiento de las ideas: movimiento innato, espontáneo, esencial, incoercible é indestructible, y se manifiesta sobre todo en la marcha de las sociedades, en la historia. Es la afirmación del movimiento universal, y, por consiguiente, la negación de toda forma y de toda fórmula inmutable. El movimiento existe: esto es todo. Todas las ideas son falsas, contradictorias, irracionales, si solas toma en un sentido exclusivo; todas son verdaderas, útiles, si se las hace entrar en composición con otras, ó en evolución, en movimiento. Toda proposición que tenga por objeto, ya hacer adelantar una idea atrasada, ya hacer más íntima la combinación de diversos elementos, ya ponerlos en mayor armonía, será verdadera, ventajosa para nosotros.”

¿Qué es la moral para Proudhón?—“La Moral es el compuesto de los preceptos que tienen por base la perseverancia en la justicia. El arte de santificarse y purificarse por medio de las obras, es decir, el Progreso. La moral no tiene más sanción que la sanción misma que está dentro de ella. Claridad del entendimiento,

inocencia del corazón, salud del cuerpo, justicia en los actos y sinceridad en las palabras: esta es la moral del Progreso.”

Hasta aquí no ha encontrado el talento de Proudhon obstáculos. Y si los ha encontrado, ha hallado el medio de esquivarlos con su ingenio verdaderamente notable.

Proudhon no se atreve á llamar, como hacen los materialistas, moral interesada, à la moral que señala la inmortalidad, que pone á Dios como término de las aspiraciones del alma.

No ha querido desconocer esa sed insaciable de lo infinito, ese sentimiento de lo ideal, tanto más poderoso en el hombre cuanto más se dignifica y engrandece; y en nombre de esa aspiración de nuestro espíritu, no satisfecha por su moral condicional, ni por su progreso sin Dios, exclama:

“Si el hombre virtuoso ò culpable, se hace cada dia más hombre... cuál es el término de su ascensión por la senda de la justicia? Donde la religión nos hace entrever la inmortalidad, qué dice el Progreso?”

“Aquí se enturbia todo pensamiento y se confunde la filosofía,” exclama el mismo Proudhon, como agobiado por la inmensidad de ideas que de tales preguntas se desprenden.

Sí, el progreso es una ley de la Humanidad. Negar el progreso humano es negar el movimiento que se toca con los sentidos, y que se vé con la conciencia en nosotros mismos. Progresar es moverse, pero moverse hácia adelante, hácia arriba, hácia lo infinito, hácia Dios. Un progreso sin Dios, no es progreso; es andar vagando, errando, sin saber á donde se dirigen nuestros pasos, marchando siempre con anhelos sin fin.

Buscar un buen sistema de educación es buscar el camino más ámplio y más corto que ha de conducir al hombre á su felicidad, á su destino, que es el perfeccionamiento progresivo de sus facultades, como medio de acercarse hácia lo absoluto, hácia Dios.

¿Cuál es el mejor sistema de educación?

“Toda época está regida por una idea, que encuentra su forma de expresión en una literatura, se desarrolla



en una filosofía, se encarna, si es necesario, en un Gobierno;,, ha dicho un filósofo eminente de nuestra patria.

De este principio de observación, se deduce un sistema educativo, el más rudimentario, el más elemental, pero también el más cómodo.

Si la idea dominante en una época informa los sentimientos, crea las aspiraciones y los estímulos sociales de cada generación; y sobre esos sentimientos, sobre esas aspiraciones, sobre esos estímulos, se levanta una literatura, una filosofía, un gobierno, también debe levantarse un sistema de educación, un procedimiento para dirigir á la infancia, inspirándola y amamantándola en las convicciones, de las creencias de la época.

Así, el niño, como se nutre en la sangre de la madre, se nutre de las ideas de la sociedad, que es también su madre, la madre de su espíritu y de su corazón. Así se le hará feliz; porque así pensará como piensa el común de las gentes, y sus sentimientos no pugnarán con los sentimientos de sus convecinos, y sus acciones no se extrañarán como extravagantes, como raras, como anómalas.

Así, si la sociedad, si el mundo ha de estar regido por el imperio de la fuerza y no por la santidad del derecho, si la tiranía y el despotismo y la injusticia reinan entre los hombres, y el niño cuando sea hombre ha de ser objeto de duros tratamientos, los tratamientos de la arbitrariedad, será conveniente acostumbrarle á esta dureza, y los padres deben imponer su voluntad por el castigo, y los Maestros inspirar la virtud con la violencia, y enseñar las letras con la palmeta, porque (leo esto en un autor muy en boga) así se prepara y se fortifica para los tratamientos más duros, que más tarde le infligirá la sociedad. "¿No es evidente que si se pudiese producir por medio de un sistema de educación ideal un ser humano ideal, carecería este de aptitud para vivir en el mundo, tal como está constituido? No podemos sospechar, con razón, que la extremada delicadeza de sus sentimientos, la elevación de sus reglas de conducta, su absoluta rectitud, tornarían su vida intolerable, tal vez imposible para él? ¿Y no acría esto una falta bajo el punto de vista

de la sociedad y la familia, por admirable que fuese el resultado bajo el punto de vista del individuo?„

Hé aquí, pues, un sistema completo de educación moral de la infancia. Podriais creer que este sistema ha sido inventado por un pedagogo antiguo, por uno de aquellos dómicos atrabiliarios de las antiguas escuelas, que usaban, como medio eficaz de persuasión y de obediencia, las disciplinas, el calabozo y, si esto no bastaba, la pelea á puñetazos con sus discípulos. Y no es así, por nuestra desgracia. Los párrafos subrayados anteriormente, los ha escrito un filósofo eminente, un naturalista que ha hecho una revolución en la sociología moderna con sus obras: Herber Spencer.

Hé aquí el eclecticismo, el positivismo pedagógico. Herber Spencer y con él los materialistas modernos, por atender demasiado al bienestar individual, sacrifica los más sagrados intereses del alma, los sacratísimos intereses de la conciencia, que valen más; que significan ó deben significar más para el individuo que esa felicidad egoísta que proporcionar puede el transigir con la deslealtad, con el fingimiento, con la injusticia, con el vicio; por mirar con demasiada consideración el trabajo que cuesta al hombre de bien *hacerse camino en el mundo*, como él mismo dice, no tiene inconveniente en embotar los sentimientos, en transigir con las preocupaciones y con el error, haciendo al niño como es ó puede ser el hombre: mezquino, sensualista, ambicioso de su propio bienestar, aún á costa del bienestar ajeno; por tener en cuenta, más de lo que se debe, la sumisión, el respeto que el individuo debe á la sociedad, mata las más nobles iniciativas, y las más santas vocaciones; las iniciativas generosas que nacen del culto purísimo del ideal, y las vocaciones santas que alientan el progreso humano.

Esta educación, no es la educación del hombre; es la educación del animal, del bruto que tiene que luchar por la existencia, que teme ser devorado por la mayor astucia ó ferocidad de otros animales, ó que aspira á no ser anulado y menospreciado por la *manada*, en donde rige la ley de supervivencia y predominio de los más fuertes.

Los materialistas modernos tachan de idílico, de

irrealizable, de utópico el sistema filantrópico de educación de Rousseau, de Barsedova, de Pestaloezi y de Froebel.

Las aspiraciones, las ideas de la sociedad como las exigencias de una moral utilitaria y convencional, no deben prevalecer en la educación de la infancia, porque sobre las tendencias realistas sociales, están las tendencias idealistas de la humanidad; como sobre los intereses individuales están los intereses colectivos, y porque sobre las conveniencias prácticas del momento están las leyes perdurables de la moral, como sobre las exigencias del mundo está la voluntad soberana de Dios.

La educación debe hacer al niño bueno, justo, sincero, leal, generoso; aún á costa de su propio bienestar. *Bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia.* Esta es la educación moral del progreso.

El niño es una esperanza que se anuncia, el germen de una actividad que se desenvuelve y cuyas aptitudes y aplicaciones quedan al arbitrio de una voluntad que no es la suya; se ofrece dócilmente en favor de lo bueno y de lo justo, de lo malo ó de lo injusto, prometiendo obras con igual decidido empeño en el sentido que le indiquen las extrañas iniciativas que infunden en su alma, ideas, vocaciones, sentimientos, vicios y virtudes; cuanto constituye más tarde el fondo de su carácter moral.

Esta fuerza que se inicia, esta actividad que se desenvuelve ha de encontrar sus aplicaciones y su centro de acción en la sociedad.

Todo influye en la impresionabilidad virgen del niño; nada se escapa á su curiosidad anhelante.

Tres causas obran en la educación del niño, dice Rousseau; la naturaleza, las cosas y los hombres.

La primera obra de una manera fatal, necesaria; constituyendo los instintos, las aptitudes heredadas, las condiciones fisiológicas del organismo.

Las cosas le instruyen en las experiencias de las realidades externas. Por los hombres aprende á sentir y á obrar.

La educación verdadera es la que el niño recibe de los hombres.

Rousseau, para educar á su Emilio, vigila siempre,

prepara las impresiones, elige las cosas, se domina constantemente, siempre está atento, sacrifica su bienestar, las genialidades de su carácter, su tranquilidad, todo, porque quiere hacer un hombre perfecto de su alumno.

¡Qué tarea tan difícil, qué misión tan espinosa, qué ministerio tan sagrado el de la educación.

Dios puso en el corazón de la madre, en el alma del padre, un tesoro de amor que llega hasta la abnegación más sublime para eso: para que realizaran el sacrificio de su propia vida en holocausto de la vida de sus hijos.

Tiene razón el autor ilustre de *La Fisiología del Espíritu*: "Nadie, ni el mejor Maestro, influye y decide en la educación de los niños como los padres."

Quitad á un hijo del regazo santo de la madre, á cuyo calor suave germinan los más nobles impulsos del sentimiento; privadle del arrullo dulcísimo de su voz que es como las armonías del cielo que se entran por los sentidos y apagan de un modo plácido los impulsos de nuestros primeros salvages instintos; privadle de sus caricias ruidosas y ardientes que hacen despertar y latir en lo más íntimo del alma todo lo que hay en nosotros de generoso y de humano; sustraedle á los consejos y los cariños paternales que representan todos los respetos del mundo, todos los movimientos de la conciencia, todas las iniciativas de la voluntad; quitad todo esto a un niño, y estad seguros de que no podreis de aquel ser hacer un hombre.

Los padres crean; los Maestros robustecen. Los padres son la naturaleza; los Maestros la sociedad.

Fijaos en esos pobres niños hacinados por la beneficencia oficial en nuestros establecimientos benéficos; tratad de mover en ellos la piedad, la filantropía, la abnegación, algo grande y elevado, y os contestará siempre un sentimiento carnal, egoista, mezquino. Aquellos desgraciados no han tenido una madre que los acaricie.

Pero no bastan para educar al niño los instintos ciegos ó los desvelos inconscientes de los padres. Ya lo hemos dicho: La educación al mismo tiempo que una obligación trascendentalísima, es una ciencia muy complicada.

¿Y cómo se satisfacen estos deberes tan santos?

Dejemos hablar á Spencer:

“¿No es monstruoso que la suerte de una generación nueva quede abandonada á la influencia de hábitos irreflexivos, á la instigación de los ignorantes, al capricho de los padres, á las sugerencias de las nodrizas ó á los consejos de las abuelas? Si un negociante se consagra al comercio sin tener la menor noción de la aritmética ni de la teneduría de libros, ¿no nos burlaríamos de su necedad, vaticinándole desastrosas consecuencias?—Y sin embargo, que los padres emprendan la tarea difícil de educar á sus hijos sin haber soñado nunca en preguntarse cuáles son los principios de la educación física, moral é intelectual que deben servirles de guía, esto no nos inspira ni asombro respecto de los padres, ni piedad para los niños sus víctimas.”

“Ved á la joven madre:

“No se le hizo fijar nunca el pensamiento en las graves responsabilidades de la maternidad. Ved su ignorancia profunda de los fenómenos á que asiste y cómo interviene ciegamente en hechos que no podría regular con probabilidad de acierto; desconociendo los fenómenos mentales, sus causas y sus efectos, su intervención (en la educación del niño) es frecuentemente más perjudicial que habría sido su abstención absoluta.”

Y no es esto, señores, lo más triste. Lo más triste es que quedando sólo el Maestro en unos casos y el Médico en otros, para subsanar la falta de conocimientos de los padres en materias de educación (perdónenme los padres que me escuchan, su ilustración los pone por cima de mis censuras) quedando el Maestro y el Médico como defensores de la educación y de la vida de la infancia, ni el Médico ni el Maestro son consultados por los padres cuando de resolver de la suerte moral ó material de sus hijos se trata.

Al Médico se llama cuando el niño está enfermo; y, gracias, si se oyen sus lecciones. El Maestro sirve para enseñar al niño las primeras letras; y, gracias si se le mira con atención por este penosísimo servicio.

Y, luego, señores, la sociedad, considerada como entidad, ¿cómo se preocupa de la educación? La Escuela, que debe ser el templo en donde el alma del niño se inicia en el culto de la verdad, de la virtud, de la justicia, ¿qué es? ¿Qué condiciones de higiene, de estética, qué condiciones pedagógicas, en suma, reúnen los edificios destinados á satisfacer esta tan importante exigencia de la cultura pública?

Tristeza, más que tristeza, pavor infunde en el alma el ver esos pobres tugurios, que no otro nombre merecen, destinados por el fiaco á la educación de la niñez; no aquí en Córdoba, ni en su provincia; en la inmensa mayoría de las poblaciones de España, por no decir en todas.

Donde debiera haber aulas llenas de luz, que es la alegría del alma; de aire puro, que es la vida de la sangre; patios donde correr y jugar que es la necesidad esencial del niño; gimnasios donde ejercitar las fuerzas; jardines donde recrear los sentidos; fuentes, baños, todo lo que pide la higiene para la salud del organismo y todo lo que exige la pedagogía para mover el sentimiento y levantar el espíritu, hay un salón miserable, húmedo tal vez, tal vez oscuro y estrecho, déforme por sus condiciones arquitectónicas, á donde se encierra á los pobres niños y con ellos al desdichado Maestro, como podrían encerrarse los presos en un calabozo, y donde se comete por ministerio de la ley y por exigencia de la sociedad el acto más inhumano, más grande que puede cometerse. El niño, que quiere jugar, moverse, saltar, porque lo reclama su naturaleza, porque lo exige su salud; que quiere recrearse en las cosas más agradables, porque lo pide así una necesidad imperiosa de su alma bulliciosa é inocente; que quiere aprenderlo todo; pero no en libros insulsos é ininteligibles, sino en la realidad, en la verdad misma para saciarse en ella y comprenderla tocándola con sus manos y viéndola con sus ojos; el niño, que necesita esto, encuentra todo lo contrario de sus deseos y de sus necesidades en la Escuela; y, el Maestro, contra su voluntad y contra sus convicciones pedagógicas, tiene que ser cómplice, más que cómplice, autor de este cruel desatino, porque así lo exige nuestro vigente pro-

grama de estudios y porque así lo quieren también los padres de los infelices alumnos.

La Escuela debe hacer cerca del niño cuanto el hogar doméstico, por insuficiencia ó por abandono de los padres, no puede hacer. La educación escolar no debe diferir en nada de la familiar. Ambas deben compenetrarse, auxiliarse mutua é intimamente.

Dirigir el sentimiento del niño hácia lo bueno, su voluntad hácia lo justo, su conciencia hácia lo verdadero, sus sentimientos hácia lo bello; proporcionar motivo á la deteterminación y fijeza de sus vocaciones, desarrollar sus fuerzas, dar vigor á sus órganos, disponer su entendimiento por medio de un saber rudimentario, pero útil, positivo, moral para que distinga y comprenda cuanto su vista contempla y cuánto á su personalidad interesa, enseñarle á juzgar del mundo y de las personas con sensatéz y buen sentido, sin los apasionamientos egoistas del amor propio: hé aquí la obra del Maestro, hé aquí la significación, el verdadero sentido de la educación primaria.

Las Escuelas de no há mucho tiempo, no interpretaban de este modo lato, complejo, absoluto, el concepto de sus funciones. La misión del Maestro era más pobre, más limitada. Con el nombre de enseñanza primaria, comprendíase únicamente el suministrar al niño ciertas nociones, ó el hacerles aprender de memoria, á depecho suyo, una retahila incomprensible para él de palabras, anulando su propia naciente iniciativa. Se consideraba al niño puramente como ser intelectual, y la Escuela quedaba reducida á una especie de academia en que la rutina desempeñaba el papel de método, alejando todo lo posible uno de otro, ó convirtiendo quizá en enemigos implacables al Maestro y al discípulo. No os extraño, pues, que ninguno de los dos quedara satisfecho en el desempeño de sus respectivos papeles.

En la organización actual de la primera enseñanza, ya lo hemos dicho, se conservan aún, si no el espíritu, el molde, la forma, la realidad práctica de estas que nos resistimos á llamar Escuelas. Ochenta, cien y hasta doscientos niños se reuen hoy en muchas, quizá en la mayor parte de ellas. En estas condiciones, la gran di-

ficultad que tiene que vencer el Maestro es conservar el orden de la clase, y para ello no es extraño que tenga que echar mano de todos los medios que llaman *disciplinarios* y hasta inventar algunos de estos que no se incluyen en los modernos libros de Pedagogía. Esto no es ya una Escuela; aunque otra cosa diga Fitch, el eminente pedagogo inglés: es algo parecido á un cuartel que tiene que regirse por la ordenanza más severa. La individualidad niño desaparece y se anula, quedando sustituida por la colectividad llamada grupo ó sección. El problema de la educación se resuelve por sí mismo de un modo no previsto. El Maestro no puede responder de lo que ganen ó pierdan los muchachos asistiendo á nuestras *casas de instrucción*; como que apenas tiene tiempo para conocerlos. El verdadero, el correcto sentido de la educación primaria, que es eminentemente individualista, racional y moralizador desaparece, viniendo á quedar sustituido por una simple enseñanza de que apenas se dá cuenta la inteligencia del niño.

Y esto es muy triste; más triste aún, si se considera que las Escuelas públicas son el medio más poderoso, el único quizá de educación popular.

Y yo estimo que la emancipación de las clases proletarias, no puede realizarse por otro procedimiento que el procedimiento lento pero seguro de la educación y de la cultura.

El conflicto entre el capital y el trabajo existe; conflicto pavoroso en que el capital alega sus derechos incontestables, sagrados: los derechos de toda propiedad legítima; y el trabajo alega los suyos, amenazadores, terribles: como que piden en nombre de millones de desheredados.

—El jornal, como todo lo que se compra, se regula por la ley de la oferta y la demanda, dice el empresario.

—La renta debe ser igual al producto, responden los trabajadores.

El primero se escuda en leyes y principios económicos inconcusos; el segundo alega otra clase de respetos humanos.

Y mientras tanto, por cualquier accidente del cielo ó de la tierra, por la lluvia pertináz ó por la sequía pro-



longada, por trastornos civiles ó por variaciones del arancel, se quedan sin trabajo muchos hombres, que es quedarse sin pan muchas familias. Y, en circunstancias ordinarias, los que trabajan se lamentan por no ganar lo suficiente para poner á cubierto de la miseria á los seres que de ellos dependen.

Esto es verdaderamente horrible y merece preocuparse de ello, no por satisfacer sentimientos sacratísimos de humanidad y de filantropía; sino, como nos decía nochea pasadas nuestro ilustrado consócio y querido amigo mio, D. Filomeno Moreno, por egoismo, por el interés que todos debemos tener en salvar á la sociedad de peligros tan serios y tan inminentes.

Pero volvamos la cara á la industria, á la agricultura, al comercio, y oiremos quejas análogas; por todas partes la ruina amenszando aniquilar los más vitales elementos de riqueza. Por todas partes el contribuyente quejándose del durísimo gravamen de los impuestos. El capital agoviado por la pesadumbre de las cargas inevitables del Estado. Y, las Cámaras de Comercio, y los Sindicatos de la Industria y la Liga agraria clamando por la rebaja de las contribuciones, que significa la muerte de los servicios públicos; por la reforma de los tratados de Comercio, que representa el aislamiento internacional, la carestía de los productos, la miseria bajo otra forma más egoista, más cobarde, más pobre.

Exigid que el capital preste mas protección al trabajo; exigid que los empresarios aumenten sus jornales á los trabajadores, y se habrá pedido un imposible, un absurdo. El capital es tan pobre en España, permitidme esta paradoja, como triste y menguada es la condición del bracero.

Con un suelo como este fecundísimo suelo de nuestra pátria, con un clima tan variado como este clima nuestro, con una naturaleza que nos brinda con todos los tesoros de la producción: terrenos feraces para toda clase de cultivos, desde la caña de azúcar y el algodone-ro de las zonas cálidas, hasta el arbusto más menguado de los prados del Norte; rios que utilizar en el riego ó de que servirse como fuerza para dar vida á la industria fabril; minas de potentísimos filones que atesoran allá

en las entrañas de la tierra todos los minerales, desde el carbón de piedra que enrojece las calderas del vapor, hasta el oro y la plata más puros y más preciados en el humano tráfico; con todos estos elementos vivos de riqueza natural, y nos morimos de hambre, como se moriría de hambre el paralítico postrado en su lecho, si una mano piadosa no le pusiera en los mismos labios el necesario sustento.

Nosotros somos el paralítico; el paralítico de la ignorancia, de las preocupaciones, de la rutina.

La riqueza de un pueblo no está en la tierra, ni en la atmósfera; está en los hombres: en su inteligencia, en su ilustración, en su cultura.

“La educación hace al hombre; el hombre hace la tierra,” ha dicho un estadista eminente del país vecino.

Nuestros tejidos no pueden competir con los tejidos ingleses; las maquinarias de la fabricación nuestra no puede competir con la maquinaria, con la mecánica helga; la bisutería, el mobiliario, las *chuchernas* del lujo y del *confort* de nuestros industriales. no pueden competir con los alemanes y franceses. Y ya vi los productos de la tierra nos salvan; porque ahí está África, y América, y Asia y todas las partes del mundo, ofreciéndonos cereales más baratos que los cereales de Castilla, y carnes más baratas que las carnes de Galicia y de Asturias, y arroz más barato que el arroz de Valencia, y aceite y vino más barato que nuestros riquísimos aceites y nuestros vinos riquísimos.

Podíamos poseer una agricultura, capaz para abastecer á Europa. y nuestra agricultura apenas produce para alimentarnos á nosotros; podíamos tener una industria, capaz de competir con todas las industrias del mundo, y nos vemos obligados á solicitar una protección mercenaria á los tratados internacionales; podíamos tener un comercio activo, emprendedor, que se hiciera dueño por el Mediterráneo y por el Océano de todos los países productores, y tenemos que soportar el yugo envilecedor de las empresas y de los capitales extranjeros.

¿Qué nos sucede? ¿Somos quizá una raza empobrecida, decadente, que por vicios propios ó por degradación original y pecados heredados va aniquilándose poco á

poco, perdiendo los alientos y la actividad progresiva, el vigor de la sangre y la energía del espíritu, y, como dejada de la mano de Dios, hundiéndose para siempre en los olvidos humillantes de la historia?

No: que aún vive en nosotros aquel instinto viril de brava independencia de los iberos, con que antes que someterse al yugo de la esclavitud romana se daban la muerte en su propia jaula, ó producían las hecatombes sangrientas de Sagunto y de Numancia; aún anima nuestras venas y serpea por nuestro organismo aquella fortaleza y aquella constancia inquebrantables que produjeron la inmortal epopeya de nuestra reconquista: aún alienta en España el valor heroico de Roger de Lauria y Berenguer de Eutenza, que con un puñado de aragoneses y de catalanes hicieron bambolearse el trono de Constantinopla; somos aún la raza inconstable del Cid, del Gran Capitán, de Cortés, de Pizarro; viven con nosotros todavía los héroes del 2 de Mayo; y sabemos luchar y vencer en Africa; y trocar los planes de Alemania, la nación más poderosa de Europa, con un simple movimiento de nuestro patriotismo: aún reanima el cerebro de nuestros literatos, el ingenio poderosísimo de Cervantes, de Lope de Vega, de Calderón, y á nuestros artistas el estro divino de Murillo y de Velázquez; todavía queda en nuestras Escuelas el espíritu que engendró el predominio científico de las antiguas Universidades de Alcalá y de Salamanca; todavía somos españoles, y tiene que contar con nosotros el progreso del mundo.

No hay decadencia en España; lo que hay es apatía, abandono; poca fé en lo único que hoy sana y vivifica que son las ideas, la ilustración y la cultura; poco entusiasmo por el trabajo inteligente que es lo que enriquece; pocas iniciativas emprendedoras y generosas que es lo que crea y alienta los adelantos.

Piensan las clases trabajadoras remediar su estado tristísimo por medio de mil sistemas locos de organización social que leen en periódicos mal avenidos con lo existente, ó que les cuenta al oído un *compañero* cándido que no entiendo palabra de las leyes evolutivas sociológicas porque se rige la humanidad. Y es claro: to-

das estas teorías de arreglo de la propiedad, de repartición de los bienes, halagan en su inexperiencia á los trabajadores, y engendran rencores hácia el capital y crean odios hácia el trabajo mismo, convirtiéndolo en motivo de envilecimiento, cuando debe ser fuente de santificación.

No, lo que está establecido sobre el derecho y no sobre el privilegio no puede destruirse. La propiedad es un derecho. Querer destruir la propiedad es querer subvertir por completo las leyes morales y económicas que gobiernan el mundo.

No son los derechos políticos, ni las teorías comunistas ni socialistas las que han de mejorar la suerte del proletariado. Lo que los trabajadores necesitan es trabajo, que es el pan de sus hijos, y el bienestar de su hogar, y la paz de su espíritu.

Pero trabajo no hay tanto como debía haber para ocupar todos los brazos, y para que el jornal esté en proporción con los productos, y baste á satisfacer las necesidades sagradas de la familia del trabajador y la obligación moral del ahorro.

Y no hay trabajo, no por falta de capitales que dedicar á empresas productivas: á empresas agrícolas, industriales, etc., sino por falta de iniciativas inteligentes y honradas, y por falta también de obreros ilustrados que sepan no sólo desempeñar con acierto las tareas que se le encomiendan, sino mejorarlas con su aplicación perseverante.

Lo que debemos pedir es ilustración, saber práctico, utilitario, positivo. Esto es lo que redime y multiplica la riqueza. Pedir Escuelas para la infancia es pedir pan para mañana y trabajo y virtud para siempre. Esta es la riqueza que debe repartirse: la riqueza intelectual. A esta repartición tienen derecho, un derecho incontestable, las clases trabajadoras; porque esa riqueza es la herencia moral de la humanidad, de que deben participar todos los seres racionales.

Dice Julio Simón en su obra *La Escuela*:

“El carácter propio de la riqueza intelectual es que dándola á los demás, la conserva uno por completo. Para cualquiera otra materia, la dádiva, así como la suce-

sión ó la venta, trasfiere la propiedad, es decir, que aquel que dá, deja de poseer lo que ha dado. No sucede lo mismo respecto á la riqueza intelectual. No existe ningun interés en ocultarla, y por el contrario, hay uno muy grande en derramarla.

Pero la ilustración no se derrama; no se reparte la riqueza intelectual, si los Ayuntamientos, si el Estado, como representantes de todos los intereses colectivos, no ponen toda su atención, una atención esmerada y preferente en este servicio trascendentalísimo.

Hay que establecer Escuelas: todas cuantas se necesiten para que puedan asistir con comodidad y con fruto todos los niños; y hay que mejorar las existentes.

Porque es necesario pensar en hacer efectiva la obligación de la enseñanza consignada en la ley de 1857.

La enseñanza debe ser obligatoria.

El deber de educar al niño reside en el padre, como reside el deber de sustentarlo, impuesto por la misma naturaleza; y como el niño tiene derecho al alimento del cuerpo, tiene también derecho al alimento del alma, que es la educación. Estas obligaciones del padre al hijo, son obligaciones primitivas, naturales, que se deducen de la condición de sus respectivas individualidades, y que por lo tanto, son más atendibles, más sagradas que otra alguna. El padre que por abandono ó por ignorancia deja nacer la preocupación ó el vicio en el corazón de su hijo, condena á este vivir siempre en lucha peligrosa con su libertad y su conciencia, que á lo mejor le llevaría á la perdición y al crimen.

El griego arrojaba á su hijo defectuoso, con indiferencia, sin remordimientos, á la cima del Taigete, porque no servia para luchar por la pátria. Esto lo juzgamos hoy monstruoso, inhumano, á la luz de nuestros sentimientos delicados y humanitarios, y de un derecho mucho más individualista que el derecho griego. Tan inhumano, tan monstruoso, será quizá para las generaciones que nos sucedan, el acto que hoy se consume por el padre, también sin remordimientos, también á presencia de la ley, de abandonar su hijo á la ignorancia y al vicio, indudablemente peores que la muerte.

El Estado, el Municipio, cualquiera que represente

el poder y la autoridad en este punto, debo proteger aquel derecho del niño; la ley debe consagrarlo; la justicia debe tener su castigo para el que lo desconozca ó lo lastime.

La nación que no consigue en sus Códigos la obligación de la enseñanza primaria, no merece en nuestro juicio el nombre de civilizada.

Quien cree que se lastiman los derechos y la libertad del ciudadano, obligándole á educar á su hijo, olvida al débil, al despojado, y se pone, contra todo principio de caridad y de justicia, en nombre de una libertad absurda, en favor del fuerte, del detentador.

Esto no tiene nada que ver con la libertad de enseñanza. Que el padre eduque á su hijo en la Escuela pública ó en la particular ó en su propia casa. Pero que lo eduque.

Los padres deben tener obligación de acreditar ante las autoridades que sus hijos á los doce años saben leer y escribir.

Pero las clases menesterosas no tienen otro medio de educar á sus hijos que la Escuela pública gratuita.

Por eso pedimos muchas Escuelas; para que nunca pueda alegarse por los padres morosos que no han tenido medios de cumplir estos sagrados deberes.

En todas las naciones cultas de Europa es hoy obligatoria la enseñanza, no en la forma ficticia que lo es en España; sino de una manera efectiva. La pena pecuniaria, la multa es la única pena que se impone en nuestro país á los padres que dejan de mandar á sus hijos á las Escuelas; pero ni aún esta pena suavísima, se hace efectiva. En España no es obligatoria la enseñanza, porque nuestras autoridades no quieren que lo sea. La ley que instituye tal obligación, es letra muerta.

Voy á demostrar las tristísimas consecuencias de este abandono, leyendo una estadística relativa á la provincia de Córdoba tomada del último censo oficial: el de 1877. La provincia de Córdoba arrojaba una población de 385.482 habitantes; sabían leer y escribir 69.006; leer solamente 10.551. No sabían leer ni escribir; pena causa el consignarlo! 303215 individuos.

¡Huelgan los comentarios!

Voy á terminar, Señores, porque ya os supongo cansados de oírme, y no quiero por ningún concepto abusar de vuestra excesiva benevolencia que tanto os agradezco.

Nunca serán suficientemente encarecidos los méritos que este ilustre Ateneo viene contrayendo ante la cultura de esta ciudad egregia, nunca bastantemente elogiados el celo y el interés vivísimo con que trata de popularizar el saber por medio de estas conferencias (no de esta humilde plática mía que no tiene de interesante otra cosa que el tema mismo sometido á vuestra consideración; sino de las elocuentísimas que aquí hemos oído y aplaudido con entusiasmo) y nunca serán estimados en lo que valen los trabajos que nuestro digno presidente se toma por realizar cumplidamente tan laudable pensamiento.

Mis aplausos entusiastas á este culto Centro por su obra civilizadora.

Tengo, Señores, una fé tan profunda en la virtualidad eficacísima de la Escuela primaria y de la educación de la infancia, que yo creo, que todos los conflictos se salvan con estos poderosos elementos de la cultura pública. Yo creo que universalizando el saber y la ilustración, pero un saber práctico, verdadero, utilitario y moral, se corrigen los vicios de las costumbres; se sacan á flote sin menoscabo de los intereses sociales, las libertades y derechos políticos; se resuelven los pavorosos problemas que hoy agitan á las clases proletarias; se levanta y prospera la riqueza nacional; se salvan todos los intereses morales y hasta los intereses fisiológicos de la salud individual comprometidos (como nos dijo elocuentemente en su conferencia de las noches pasadas, nuestro ilustrado consocio D. Cristóbal García) por el mal terrible del alcoholismo y por otras plagas de las costumbres, no menos funestas.

El hombre tiene el deber social, el deber moral, el deber religioso de perfeccionar y desenvolver las actividades, las aptitudes de que ha sido dotado; no solo por elaborar de esta manera inteligente su bienestar propio, y por contribuir al progreso humano; sino por interés de su descendencia, por amor al mejoramiento evolutivo de

su raza; y este perfeccionamiento debe realizarse de una manera *armónica é integral*, mirando al cuerpo y al alma, á la inteligencia y á los sentidos, á la voluntad y á la conciencia; fundiendo en una misma aspiración progresiva la antinomia de nuestro ser. La educación de hoy ni es integral ni es armónica: todo lo absorven las facultades intelectuales; nada para el cuerpo, muy poco para el corazón y los sentimientos. Por esto he censurado con tanta acritud la condición de nuestro programa de estudios y la organización actual de nuestras Escuelas.

Y luego, Señores, las tendencias materialistas cunden; el retorno de lo ideal á lo humano, de lo absoluto á lo positivo es manifiesto. Por todas partes domina el naturalismo; el naturalismo en el arte rebajándose hasta lo crótico y lo sensualista; el naturalismo en la ciencia haciendo abdicar al hombre como rey de la creación y confundiéndolo por su origen con la bestia; el naturalismo en la política negando toda autoridad, bajo la forma de *comunismo* y de *anarquía*; el naturalismo, por último, en la religión, desconociendo á Dios y negando su Providencia. Y es necesario oponerse á estas corrientes funestísimas, infundiendo en la generación que ha de sucedernos los alientos de la espiritualidad. si no queremos que perezcan los mas santos intereses de la moral y las más preciadas conquistas del progreso.

He dicho.